

todas las ciudades en que se habian levantado esos santuarios del trabajo y del pensamiento. Se nos habla, muchas veces, en nuestras clases, de los festines de Lúculo, de las cocinas de Lúculo; esto es tomar la historia por su lado mezquino; es necesario tambien ver el lado hermoso de la vida de los grandes señores de la república. Veamos lo que hizo Lúculo: mandó construir una biblioteca, con pórticos, exactamente semejante á las de la Grecia. Y estos pórticos tenian su razon de ser, y era que en los climas ardientes, en donde el sol y la sombra son igualmente necesarios, los pórticos dando á cuatro lados, ofrecen sombra en el lado Norte cuando la estacion es caliente; el sol bienhechor en el lado Sur, cuando la estacion es fria; miéntras que los pórticos intermedios del Oeste y del Este, sirven para las estaciones dudosas y para las personas que huyen las temperaturas extremas. Las bibliotecas de la antigüedad no se parecen á las de los tiempos modernos. No consistian en una enorme aglomeracion de edificios, en donde se acumulaban los volúmenes, ni en una sola sala, donde la primera ley es el respeto del vecino y el silencio. Gracias á su extension, y á la multiplicidad de sus subdivisiones, las bibliotecas antiguas estaban en parte expuestas al aire, y en parte cerradas.

Habia salas á donde se retiraban los que querian trabajar; habia pórticos en donde se establecian en el sol, los que querian dedicarse á lecturas divertidas y que no temian que los distrajesen; habia pórticos para conversar. Ahí se reunian los filósofos y los espíritus superiores; ahí iban, en tiempo de Augusto, á comunicarse sordas cóleras, maledicencias demasiado verídicas; pero no hubieran podido hacerlo en tiempo

de Tiberio, porque de cada columna habria brotado un delator.

Lúculo habia construido una biblioteca, no para él solo, no para algunos amigos, sino que su biblioteca era pública á la que todo el mundo podia entrar, así los ciudadanos romanos como los del mundo entero, y sobre todo los griegos; los griegos entónces tan escuchados, tan seductores, alrededor de los que se formaban grupos bajo los pórticos de Lúculo. Otro romano, el primer protector de Virgilio, Asinio Polion, á su vez, habia mandado construir una biblioteca mas grande aún, ¡y qué bello nombre le dió! Se llamaba el *Atrio* (como si dijéramos el Santuario) *de la libertad*, como para decir que no hay libertad posible, sino en donde el pensamiento se recoge y se eleva sobre las debilidades de los hombres.

La de Augusto, en fin, es la tercera. Será la mas rica, contendrá los monumentos mas preciosos, y en mayor número, estará tal vez dispuesta con mas orden y método, pero porque, siendo posterior á las otras dos, habrá aprovechado la experiencia adquirida, porque Augusto todo lo puede, porque la ha revestido con los despojos del mundo. Para adornar las salas habia bustos de todos los grandes hombres, bien de Grecia, bien de Roma, uso que se remonta á los griegos, á las bibliotecas de Seleucia, de Pérgamo, de Alejandría. Como mueblage, habia los armarios y las cajas [*serinia*] en donde se depositaban los manuscritos. Esos armarios hacian parte del adorno, porque eran de materias preciosas, de maderas incrustadas de colores, de otras de países lejanos acomodadas segun los coloridos y los colores, de manera que formasen dibujos. Podeis formaros una idea de esta clase de decoracion por la biblioteca del Vaticano, contenida en una serie de armarios, demasiado bien cerrados para los que

quieren estudiar, pero cubiertos de arabescos, que se elevan un poco mas arriba de la cabeza humana, pero no mas, y de los que cada uno contiene un pequeño número de libros. Hay en este un dato de la antigüedad. En los manuscritos de los siglos V, VI y VII hay pinturas que representan unos armarios con manuscritos, y así es como podemos formarnos una idea de las bibliotecas de los antiguos.

En los estantes habia pequeños anaqueles ó divisiones, no separados como los nuestros por un grande espacio, sino al contrario muy cerca unos de otros, pues los manuscritos enrollados estaban puestos de plano entre cada anaquel; en la extremidad del manuscrito estaba atado un hilo de seda ó de metal, y en una etiqueta que bajaba del anaquel, constaba el nombre de la obra. Por consiguiente, en un estante se podían colocar cuatro ó cinco veces mas manuscritos que volúmenes colocamos hoy. Esos estantes eran de maderas de calidades requeridas. En el dia no podemos abrigar gran temor de que la polilla se coma los libros, pues estos se hacen generalmente de papel preparado con cloruro, que le roe pero que ahuyenta los insectos. Entre los antiguos los manuscritos eran de pergamino, materia animal mas susceptible de ser atacada por los gusanos. Se construian los armarios de las bibliotecas, de maderas incorruptibles, como el cedro, el cipres, cuyo olor y sabor amargo alejaba los insectos.

Para guardar los manuscritos se servian no solo de armarios, sino tambien de cajas, y habreis visto en las pinturas de Pompeya, al lado de las estatuas antiguas que representan á un orador ó á un poeta, la imágen exacta de un cofre que contiene manuscritos. Es una caja enteramente redonda, con su tapa. Esta tapa tiene un pié que se adapta á

una cerradura; y se pueden encerrar en esta caja redonda, quince ó veinte manuscritos segun sus dimensiones.

Llego al templo de Apolo, uno de los mas magníficos de los construidos bajo Augusto.

El templo era de mármol blanco. Delante del templo habia un altar. Augusto creyó ingenioso consagrar el recuerdo de las hecatombes que se ofrecian á los dioses los dias de fiesta, poniendo en los cuatro ángulos del altar, cuatro estatuas de vacas del célebre escultor Myron, admirables por su naturalidad y aun por su belleza. Se veia á los animales siempre dispuestos al sacrificio.

Sobre el fróntis habia una losa chata, como la veis en los monumentos romanos figurados en las medallas, en la que habia una cuádriga.

Una vez subidas las gradas del templo, teníanse delante las puertas. Eran estas de marfil esculpido, hechas de pedazos unidos y ajustados con el arte exquisito de los antiguos griegos, sobre los que se habian esculpido bajo-relieves que divididos en pequeños cuadros ó compartimientos representaban: en una hoja, la historia de Apolo y de Diana, vengando á su madre Latona en los hijos de Niobe; en la otra hoja, la derrota de los galos, arrojados del monte Parnaso. Los galos habian querido saquear el templo de Delfos, Apolo habia venido en auxilio de su templo y los habia anonadado con el rayo expulsándolos del Parnaso. Estaban representados en completa derrota, precipitándose de roca en roca, cayendo sobre sus armas y matándose unos á otros en su horrible confusion.

Estas puertas, quitadas evidentemente á la Grecia, recuerdan las del Bautisterio de Florencia, aunque no me atrevo á comparárselas ni por el estilo ni por la forma.

Al entrar en el templo, se veía la estatua de Apolo en el fondo, á su derecha Latona, á su izquierda Diana.

Pero, señores, ¿de quién eran esas estatuas? ¿Eran obra de artistas romanos contemporáneos de Augusto, ó de artistas griegos venidos á Roma por orden suya y capaces de hacer trabajos tan importantes? No, á esos artistas se les empleaba en multiplicar las estatuas de Augusto y de su familia. La estatua de Apolo era de Scopas. La de Diana era de Timoteo, otro escultor ateniense que habia trabajado con él en el *Mausoleo*, y la de Latona era de Praxíteles, rival de Scopas, que representaba en el arte ateniense el lado delicado, afeminado, voluptuoso, miéntras que Scopas representaba la fuga, la pasion, la violencia de los movimientos.

Ese Apolo del interior del templo, se llamaba el Apolo Musagetes (que conduce á las musas). No tenemos esa estatua, pero en tiempo de Augusto han debido copiarla para repetir la en los santuarios privados, pues se hacia la corte á Augusto, copiando aquel hermoso mármol de Scopas. En el Vaticano hay, en efecto, un mármol conforme á las descripciones que nos dejaron los antiguos del Apolo Musagetes. Este Apolo tenia la cabellera abundante, estaba cubierto con una gran túnica que le caía hasta los piés, y que está como agitada por el viento ó por un soplo interior, y es tan amplia que parece el vestido de una muger. El pecho está sostenido por un ancho cinturón semejante á los que usan los actores en las pinturas de Pompeya.

Habia tambien á derecha é izquierda de las tres divinidades, el coro de las musas formándoles una especie de cortejo eterno.

En el interior del templo se veía tambien un monumento célebre, que era mas bien la obra maestra de un artesano y

no de un artista: era un gran candelabro de bronce que tenia la forma de un manzano; en vez de frutos, tenia lámparas suspendidas en sus ramas, y cuando se prendian á aquellas lámparas, que figuraban unas manzanas, parecia tener frutos luminosos. Este candelabro era de origen griego; Augusto lo habia tomado del templo de Cymé en la Asia Menor, en donde Alejandro lo habia consagrado á Apolo. Se veian tambien en los frontis del templo, estatuas muy antiguas, obras de artistas griegos llamados Búpalo y Antermo, que remontaban al siglo de Pisístrato. Augusto habia quitado á la isla de Scio estos productos de las escuelas primitivas.

Para terminar esta nomenclatura, diremos que al lado de los manuscritos de la biblioteca habia un depósito de piedras grabadas. El jóven Marcelo, sobrino de Augusto, habia tenido pasion por los camafeos y las piedras grabadas y habia formado una coleccion; y como murió jóven, se reunió esta coleccion en la biblioteca Palatina, y la sala en que se exhibia, se llamó Dactylióteca, nombre griego, cosa, recuerdo griego.

Como veis, señores, tal era la habitacion de Augusto en el Palatino. La casa, que es modesta, pero que tenia hermosas proporciones, que habia bastado á Hortensio, y que bastó al emperador, está contigua al templo de Apolo y á las salas de la biblioteca.

Entre la casa y el edificio público habia una comunicacion análoga á la que existia en el Luvre cuando lo habitaban los soberanos, entre su habitacion privada y la parte de ese monumento destinada á usos públicos. Así habia en el Luvre colecciones preciosas y ahí tenia sus sesiones la academia de escultura y de pintura. Al emperador, cuando se volvió vie-

jo, no le gustaba bajar al Palatino. Cuando tenia que convocar el senado, lo hacia en el santuario de Apolo. Saliendo de su casa, se encontraba frente al peristilo del templo, y solo unos cuantos pasos tenia que dar para presidir las reuniones del senado.

¿En qué estado se encuentra hoy el terreno? ¿Qué datos podemos hallar allí?

Sabeis que el lugar antiguo está en el dia ocupado por la quinta Mills, trasformada en convento de la Visitacion. Cuando estais cerca del arco de Tito, si mirais á vuestros piés, hácia una pequeña callejuela que entre dos paredes conduce al convento de Capuchinos y al de la Visitacion, percibís un enlosado antiguo formado de trozos de forma polígona admirablemente ajustados. No se distinguen mas que tres metros de largo. A poco ese enlosado desaparece bajo la tierra que se ha llevado allí en los tiempos modernos. Si echais una ojeada á los jardines vecinos, vereis que el Sr. Rosa, que examina los jardines Farnesio para el emperador Napoleon III, ha hecho reaparecer, en el interior, un enlosado polígono. Es el mismo camino que sigue; y ese camino enlosado no es mas que la vía que conducía, en la antigüedad, á la biblioteca Palatina, al templo de Apolo y á la casa de Augusto. Pero de repente el enlosado pasa bajo los muros del claustro, y tiene uno que detenerse. Este claustro es el convento de la Visitacion, en otro tiempo la quinta de Mills.

En 1857 las religiosas de la *Visitacion* compraron el terreno y se establecieron ahí: puede decirse que nunca ha habido nombre mas merecido que el de ese convento. El año pasado os conté, señores, el sitio pacífico que estas religiosas tenian que sufrir; por un lado el Sr. Rosa que tenia muchos

descos de hacer pesquisas en la direccion de la casa de Augusto; por el lado opuesto, en un jardin que en otro tiempo fué el jardin de los irlandeses y que el Papa habia comprado, el caballero Guidi, antiguo agente del marques Campana y agente del Papa Pio IX, queria decentar el convento y habia comenzado á hacer subterráneos, con la esperanza de pasar bajo el muro medianero, á fin de hacer sus investigaciones en secreto á veinte piés bajo el suelo del monasterio. Se ataca de este modo á las religiosas por el lado Norte y por el Sur. Es el único punto en que están de acuerdo el imperio y el papado. En la vertiente que mira al valle del Circo están los restos de una escalera por la que se subia al Palatino en los últimos tiempos del imperio romano. Por desgracia, hoy dia hay una pared á pico y un jardinero que no quiere dejarse cohechar, y la entrada es imposible. Un dia toqué en la puerta de la fachada principal, á pesar de que en la puerta está inscrita la palabra *clausura*. Pude echar una ojeada al primer prado. Ví un espacio cultivado, alcachofas, *broccoli*, pero nada de ruinas, el terreno habia sido completamente igualado para las necesidades del cultivo.

Querriase colocar en otra parte á las religiosas, cuya presencia hace imposibles las pesquisas; se les persuade de que el lugar no es sano, que sufren fiebres; todo el mundo se interesa por su salud, el Papa, Napoleon III, los anticuarios romanos; y se espera trasportarlas á otra parte. En fin, se ocupan singularmente de la casa de Augusto: esto puede interesar mucho á ciertas personas; en cuanto á mí, confieso que la cosa por sí misma, poco me interesa. No será sino una casa de Pompeya. Que Augusto haya dormido, vivido en ella, es cuestion de culto á un ídolo. Lo que sí será in-

terésante, será el templo de Apolo Palatino y los pórticos de la biblioteca.

Ademas, no hace mucho tiempo que la quinta está cerrada; ha sido visitada y descrita, y cuando fué visitada y descrita habia pocas ruinas. Las investigaciones se hicieron en 1777; se encontraron tres cuartos que debian pertenecer al primer piso, y que nada particular tenian, excepto para los corazones que palpitan al solo recuerdo de Augusto; pero para el arte no hay ilusion. Olvidaba decirnos que la casa de Augusto se quemó el año 756 de Roma. Augusto tenia 63 años.

El incendio no fué considerable, pues en una casa antigua no hay mucho que se queme, si no son los pisos superiores, pues los pórticos, los patios, ofrecen espacios al raso que detienen las llamas. No necesito decirnos, señores, que fué aquel un dolor inmenso, universal, y como sabian que Augusto tenia en su mano la fortuna de todos, cada cual le ofreció su fortuna privada. Los cuerpos colegiados, los senadores, los caballeros, los centuriones, los decuriones fueron á suplicar á Augusto que aceptase sus bienes para reconstruir su casa. Augusto, como buen cómico que era, comprendió muy bien que le estaban representando una comedia, no tomó á ca la uno mas que un dinero de plata, volvió á hacer su casa, un poco mas elegante que ántes, porque era soberano pontífice, y que á un soberano pontífice convenia, decia él, estar bien instalado; pero no consintió en embellecerla sino á título de soberano pontífice. En el lugar de la casa de Augusto propiamente dicho, las pesquisas no tendrán interes ni bajo el punto de vista histórico, ni bajo el punto de vista artístico; sino en el terreno que se encuentra delante, porque ahí estaba el templo de Apolo Palatino, con sus magnificas

columnas de mármol africano y los admirables adornos que hemos descrito.

No dudo que los escavadores de la edad media hayan sacado de ahí casi todo. Pero los datos topográficos subsistirán, y tenemos alguna esperanza de conocer las disposiciones del templo de Apolo Palatino, así como conocemos tan bien, merced á las pesquisas del Sr. Rosa, las construcciones del palacio de los Flavios.

Así, señores, veamos ahora qué era lo que escondia esa casa de Augusto, cuya magnificencia ha querido hacernos comprender en todo lo que era público y estaba al alcance de los ciudadanos, y todo lo que tenia de sencillez elegante, griega, de buen gusto, la parte reservada al emperador. Veamos cómo se vivia en esa casa, que ha sido objeto de tanta curiosidad; cuál era el interior de ese hombre, que se nos representa como al mas feliz de los soberanos, el mas inatacable de los sábios y de los hombres moderados. En otros términos, trataré de mostraros las principales figuras que rodeaban á Augusto, los miembros de su familia, ya por la sangre, ya por las alianzas; procuraremos encontrar las huellas de esa vida íntima, ya con ayuda de la historia, ya con ayuda de los monumentos, rectificando la historia por medio de los monumentos, y cuando guarde silencio, supliendo este silencio con lo que nos enseñen los monumentos. Reconoceréis que hay una moralidad aun en este gran juego del destino que se llama la historia. Vereis que el arte de engañar á los hombres tiene su compensacion, que la conciencia no se vela con una falsa serenidad, y que los atentatos contra la patria, tienen su expiacion aun en vida del culpable. Penetraremos en los castigos secretos de este hombre, que la posteridad engañada exalta al rango de los dioses.

006587